

Difusión cultural

AGUSTIN TIGERINO R.

A veces no leemos ciertas obras porque no las tenemos a mano. Tanto la mala como la buena literatura, hallan sus aficionados cuando no ostenta las preferencias exclusivistas que algunos suponen. El hecho de que ciertos libros alcancen mayor difusión que otros no excluye la posibilidad de difundir los demás, a los otros, que debido a su calidad nada común, es natural que vayan a determinados círculos intelectuales.

Tal ocurre con las obras maestras de todas las literaturas. No es dable que su contenido guste por igual a las masas y a los lectores mejor preparados; pero la verdad es que ese público selecto es cada día más numeroso y conviene fomentar sus inclinaciones dándole aquello que puede enaltecer sus actuales condiciones.

Don Miguel de Unamuno, en uno de sus admirables ensayos, —*En torno al Casticismo*— pedía que hubiera en España una editorial capaz de lanzar al mercado series de obras inmortales, de libros que en todos los tiempos han sido luz y savia de cultura, como sucedía y sucede en Alemania, donde aparecían entonces dos series de tales producciones a bajos precios, modelos de eficacia en el amplio desarrollo cultural de dicho pueblo. Esto lo manifestaba a fines del siglo pasado. Hubo quien oyera su palabra y ahora recibimos la consecuencia en la excelente colección Austral, de la Editorial Espasa Calpe. Sus obras nada dejan que desear en cuanto al precio y la calidad de su lectura.

Otro ejemplo nos da la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), de Madrid, cuyas magníficas traducciones de la más alta literatura religiosa, han conquistado un ancho campo en los países de nuestro idioma. Antes nadie hubiera creído que en tiempo como el actual, carcomido por las falsas teorías del tecnicismo, esos libros fueran tan bien recibidos por incontables lectores. Los hechos están probando lo contrario y nos obligan a rectificar aquel pesimismo desconsolador.

Por consiguiente debemos aceptar que si a veces no leemos, es porque falta la obra que leeríamos con gusto.

A la intensa labor de estas editoriales se une otra, quizás de igual trascendencia, en planos similares de cultura. Me refiero a la Editorial Aguilar S. A., también española. Sus bellas ediciones de obras Completas y Eternas, adjetivos muy exactos y oportunos, de autores máximos de la civilización occidental, vinculan a la rigurosa verdad del contenido la inapreciable ventaja de su reducido precio, debido a ser impresas en lujoso papel biblia, que reduce enormemente el volumen y realza la presentación. En breve espacio nos es dable poseer así una biblioteca sin rival donde la flor y nata de la literatura de todos los tiempos, ofrecemos el caudal inagotable de sus tesoros.

Si viviera aún don Miguel, sentiría colmados sus deseos en esta parte del programa, que él supo trazar en múltiples ensayos respecto a la cultura de su pueblo y de su raza. Algo se está haciendo, que habla muy claro de un resurgir de la intelectualidad nuestra; vamos poniéndonos al día en materias básicas de las ciencias y las artes; la inquietud de una minoría selecta, principia a disfrutar de las oportunidades que le negaba anteriormente un absurdo negocio del libro, que pensaba aumentar sus ganancias únicamente con los desperdicios del arte literario y las peores aberraciones de la seudofilosofía.

Queda todavía mucho por realizar en este camino; es tan largo!; pero el hecho de haber comenzado, es ya una victoria que nos merece aplauso.

No dejaré pasar la ocasión sin hacer una excitativa a la última editorial nombrada, pues a mi juicio, ella contribuirá, de ser atendida, a la noble misión del libro en nuestra lengua. Sabido es que por lo regular todo resurgimiento literario en los países más cultos, va precedido de un entusiasmo por el conocimiento de las grandes literaturas clásicas, de Grecia y Roma. En la latinidad y en el pensamiento griego, hallamos el origen de esas manifestaciones superiores del arte europeo; sus poetas y filósofos son la levadura de cuanto, en el rodar del tiempo, se transforma en nueva substancia de vida cultural.

Contamos en español con buenas traducciones de sus principales autores; al menos podemos hacer llegar a nuestras bibliotecas las obras de un Homero, de un Virgilio, de un Cicerón, etc.; con todo, ellos no son todo lo que pervive de aquellos montañas; quedan valores, que por ser de menor extensión o fragmentos escapados del naufragio del tiempo, no figuran en volúmenes aparte; de Arquíloco, Teognis, Alceo, Calímaco, etc., apenas si sabemos, por la historia, que escribieron algo, pero ninguna editorial sería capaz de reunir eso en libros, siquiera medianos, debido a su limitación; en cambio toda esa poesía griega no pasaría de ocupar un solo volumen de las "obras eternas"; lo mismo cabe afirmar del admirable teatro que culminó con la tragedia de Sófocles y nos hace reír con Aristófanes.

Igual cosa puede hacerse con la literatura latina hasta completar la magnífica colección de una biblioteca de reducidas proporciones y valiosísima importancia. Una biblioteca que tal vez no abarcaría más de ocho

volúmenes en cuyas páginas reuniríamos la clásica inspiración de la antigüedad manifestada en sus poetas, oradores, filósofos, dramaturgos e historiadores.

El éxito alcanzado ya por las obras fundamentales que ha publicado la Editorial Aguilar, nos asegura la otra realidad de la presente iniciativa. Para todo hombre medianamente culto, esa oportunidad de beber en aquellas fuentes la razón de nuestra vida intelectual, jamás sería puesta de lado; al estudiante, al profesional y al escritor, brindaría ella los originales, que en vano trataremos de aprender en simples textos de crítica y dudosos comentarios.

Como natural consecuencia de tamaño impulso, no cabe duda que se abrirá a las nuevas generaciones un horizonte mejor y distinto por cuyas direcciones, tan variadas como en la rosa de los vientos, correrá su pensamiento en busca de la verdad y la belleza, para iniciar en la cultura propia el fenómeno de algún renacimiento con un sentido más hondo y perfecto del arte.

Tegucigalpa, mayo de 1953.

